



LOS PARIENTES DE LOS AMIGOS



---

## LOS PARIENTES DE LOS AMIGOS

---



os parientes de los amigos!

Al principio nos parece ver venir hácia nosotros una oleada de gente como aquella que sale por la puerta, repentinamente abierta, de la sala de espera de una estacion de camino de hierro: una multitud de viejos señores, con anteojos, mujeres elegantes, jovencillos, viejas canas, muchachas, familias enteras, antiguas parejas matrimoniales, todas caras conocidas: las cuales pasan á nuestro lado, rápidamente, enviándonos un vocerío confuso de saludos, de reproches, de lamentos, de palabras afectuosas, de impertinencias que nos dejan llenos de mil recuerdos gratos y placenteros, llenos de vergüenza y de ternura, inciertos sobre si nos hemos de alegrar ó entristecernos por el encuentro.

¡Cuánta parte y cuán diversa han tenido en nuestras amistades los parientes de los amigos! De cierto número de nuestros amigos quiero decir, porque muchos de ellos pertenecen á aquella curiosa categoría de amigos solitarios, cuya familia y casa y todo lo que hace referencia á su prosapia y á su vida de maridos y de hijos, queda perpétuamente en el misterio.

Y bien pensado, no sabemos si debe decirse de los amigos lo que se dice de las mujeres, que es mejor tomarlas sin parientes, porque los amigos solos nos presentan el problema de la amistad más sencillo y limpio.

¡Es ya tan difícil mantenerse amigo de un hombre; ¿Cuánto más no ha de serlo mantenerse amigo de una cosa?

\*  
\* \* \*

¡Los parientes de los amigos!

El pensamiento corre súbitamente á nuestros primeros años.

Los primeros parientes de los amigos que nos dieron qué pensar fueron las hermanas.

¡Cómo acariciábamos en la escuela al hermano de aquella divina niña de doce años, que veíamos de escapada cada domingo á la salida de misa, en la que soñábamos cada noche, con suspiros del primer amorcillo.

¡Con qué curiosidad mirábamos sus gestos y sus palabras y aspirábamos el perfume de sus cabellos llenos de pomada y recogíamos como una revelación misteriosa la menor noticia que nos daban de su casa y buscábamos hasta en sus costumbres un efluvio de aquel ángel de su hermana!

¡Y qué extraño sentimiento mezclado de despecho y de curiosidad voluptuosa nos despertaban sus

discursos de muchacho corrompido, á través de los cuales, á pesar nuestro, veíamos pasar su imagen!

Después, hacia los quince años, otras hermanas ocuparon nuestros pensamientos, muchachas hechas ó que se estaban haciendo, que vemos por los resquicios de las puertas cuando íbamos á buscar á los amigos para dar un paseo por el campo, ó que atravesaban la sala corriendo en *negligé* matutina que nos dejó pensativos durante todo el día.

Por ellas nos hacemos con cuidado el nudo de la corbata; por ellas rehusamos las botas nuevas escésivamente gruesas de suela y sentimos temblar el odio bajo nuestra amistad, cuando los hermanos nos ríen en su presencia por cualquier tontería que nos hace parecer pequeños y ridículos á sus ojos.

Mas tarde, otras hermanas han encendido pasioncillas en nuestro corazón y hecho nacer al mismo tiempo por sus hermanos entrañables amistades; y vamos cada tarde á estudiar con ellos en su cuarto de estudiante, donde llega de vez en cuando, desde la sala vecina el sonido de aquella risa argentina; y el premio de nuestro cariño de amigos, es estrechar aquella manita al retirarnos en la sombra de la antecámara, no sin un ligero remordimiento algunas veces, por hacer traición de aquel modo á los "sagrados deberes de la amistad."

En la juventud, las hermanas ponen casi siempre un poco de poesía en nuestra amistad; el amigo del hermano gana pronto su simpatía, porque es el fantasma de un marido y porque muchas son las novelas azules en que el amante apasionado, es el amigo de la infancia, el hermano de la muchacha, al que confía sollozando la inmensidad de su amor.

Considéranos como una especie de primos electivos y paladines de su familia. Muchas veces son nuestros aliados ignorados, los únicos de la familia, que encontrándonos por la calle, cuando hemos roto con todos los demás, nos dirigen todavía una mirada benévola y triste; con lo cual sucede á menudo que despiertan en nuestro ánimo una violenta simpatía, cargada de caricias y besos.

¡Cuántas y cuán extrañamente semejantes ó distintas de nuestros amigos, se presentan á nuestra mente!

Figuras aéreas y graciosas, como vírgenes de Fray Angélico, hermanas de zagalones estúpidos que para mostrarse omnipotentes en casa las tratan con villanía que indigna, dándonos al mismo tiempo el grato pretexto de mirarlas con ojos dulces y piadosos; hermosos colosos de muchacha, de cuya belleza traían copia los hermanos pequeños entre los amigos los cuales eurojecían al encontrarle hasta la raíz de

los cabellos; diablillos de ojos centelleantes en que se adivinaban todas las malicias y todos los vicios del hermano precoz; altas señoritas secas para las cuales éramos demasiado pequeños y que nos humillaban con su desprecio ó con sus burlas; muñecas alegres y familiares, retratos miniados del hermano, con los cuales, desde el primer conocimiento tomábamos franqueza de camaradas, que no nos dejaba pensar en el amor; buenas criaturas juiciosas y trabajadoras como la mamá, encariñadas con toda su alma á sus hermanos calaveras, las cuales nos trataban como antiguas amigas, halagando nuestro amor propio é imponiéndonos sériamente en los negocios de la casa.

De una buena parte hemos seguido y averiguado la historia muchos años despues: historia de amores desgraciados, de juventud solitaria é infeliz, de matrimonios imprevistos, de trasformaciones extrañas de la persona y del alma.

A alguna volvemos á verla de tiempo en tiempo: una madre de ocho hijos, ocupada solamente de exámenes y de programas escolares; otra, en la flor de su segunda belleza, que despierta en nosotros todos los sentimientos que experimentamos ante la primera; otra, todavía muchacha, pálida y melancólica, reducida á vivir con el hermano célibe, despues de la

dispersion de la familia, una vida retirada y fria de ama de casa.

Y en aquel encuentro, en aquellos recuerdos comunes de la primera juventud, de la casa antigua, de nuestras simpatías y amores de muchachos, hay alguna vez bajo la sonrisa, una tristeza dulce y llena de pensamientos, que hace nacer imprevistamente entre nosotros una familiaridad de parientes y una amistad que durará muchos años acompañada de la vibracion ligerísima, inadvertida casi, de un sentimiento de otra naturaleza.



Los hermanos de los amigos tienen en la historia de nuestras amistades una parte mucho menos poética y benigna.

Los primeros de los que nos acordamos son barbudos hermanos mayores que ciertos compañeros de escuela amenazaban hacer intervenir en nuestras guerras intestinas, y que nosotros mirábamos con terror, como colosos de prodigiosa fuerza que hubieran pulverizado la clase entera de un puñetazo.

Más tarde, los hermanos han seguido siempre todos los cambios de nuestros amigos; primeros de la familia á negarnos el saludo, despues de una ruptura y últimos en restituírnoslo, despues de la reconciliación.

Es difícil que sientan mucha simpatía por nosotros: nos sienten maltratar demasiado en su casa; y la sospecha que nosotros tenemos de su prejuicio desfavorable nos da aire de una ligera desconfianza para con ellos, la cual nos hace todavía menos benévolo.

Esto sucede principalmente con los hermanos de los amigos íntimos.

La primera vez que los vemos, en especial en la edad madura, les observamos siempre con gran curiosidad, sirviéndonos del conocimiento que tenemos de nuestros amigos para leer en su alma, y despues del conocimiento que adquirimos de ellos, para profundizar más en el de nuestros amigos; porque, no obstante la gran diferencia aparente de naturaleza, hay casi siempre entre dos hermanos un fondo comun de ideas, sentimientos y gustos de familia que se reconocen á veces, observando sus manifestaciones en uno y otro y poniéndolas juntas. ¡Qué singulares descubrimientos se hacen!

Nos apercibimos de que, de tres ó cuatro hermanos, el que nos ha tocado por amigo es el peor de todos: todos los demás se le parecen en carácter, en las maneras y hasta en la cara; pero son copias embellecidas de él; y entonces nuestro pobre amigo dá, para nosotros, un traspies.

Otras veces sucede todo lo contrario: nuestro amigo es lo mejor de la familia, el único simpático, el único sujeto aceptable que su padre ó su madre han logrado presentarnos, en medio de una serie de deplorables abortos con los cuales no podríamos permanecer una hora.

No es raro tampoco que dos hermanos sean tan semejantes en todo, comprendida la cara y la voz, y casi iguales en edad, que el recién llegado toma pronto en nuestra amistad el mismo lugar que el primero y nos encontramos con una especie de duplicado de amigo, tan idéntico á aquel, que nos es perfectamente igual estar con el uno ó con el otro, y no nos apercibimos casi de que el uno falte, cuando estamos en compañía del primero.

\*  
\* \*

En cuanto á padres, tambien, vemos una larguísima fila: blancos, con peluca, encorvados, pálidos, gordos, con chistera blanca, con la pluma en la oreja y entre los más lejanos, casi desvanecidos, aparece todavía la cara furiosa de un viejo seco que viene á pescar á nuestro amigo en el fondo del billar y lo arroja afuera á puntapiés, despues de haberle puesto el puño en la cara.

De jóvenes hemos estado en relacion con casi todos ellos y suena todavía en nuestros oidos una cantidad de consejos, de sentencias sobre los estudios y sobre la vida, que pronunciaban con voz lenta y gruesa, dando golpecitos con el dedo en la caja de rapé, mientras nosotros y sus hijos nos mirábamos con el rabillo del ojo, impacientes por tomar la escalera.

Y nos ponían buena cara casi siempre; pero con un poco de desconfianza y mirádonos fijamente los ojos con escrutadora mirada; porque comprendían

todos que el amigo del hijo, es un enemigo natural de la autoridad del padre, y un secreto fomentador de rebeliones.

¡Pobres ingénuos! Todas sus preguntas inquisitoriales se destrozaban como pedazos de papel ante la diamantina máscara de nuestra hipocresía juvenil.

Respecto á muchos de ellos sentíamos remordimientos: engaños filiales que ayudamos á llevar á cabo, calaveradas de que fuimos la razon indirecta; sonrisas inícuas que lanzábamos tras de aquellas pobres espaldas paternas, cuando les veíamos marchar á la oficina por la mañana, embozados en su tapabocas gris.

Muchos de ellos han desaparecido del mundo; más de uno hemos visto muerto sobre su lecho con el rostro tranquilo de un trabajador dormido, mientras el hijo apoyaba su frente sobre nuestro hombro, sollozando.

Vemos bajo otro aspecto los padres de nuestros amigos, ahora que en su paternidad que acaba, estudiamos el porvenir de la nuestra que empieza.

Cada cual de ellos es un comentario vivo de nuestro amigo.

Hay algunos, imágenes fidelísimas del hijo envejecido, en los cuales podemos ver como en un espejo

lo que será nuestro amigo dentro de años, con los actuales defectos aumentados y con otros que adquirirá con los años.

Otros, noblemente graves y amables, de cuya confrontacion sale nuestro amigo piadosamente mejorado; padres más jóvenes y más agudos que los hijos que nos hacen pensar en lo ventajoso de un cambio; viejos locos y vacíos, ante los cuales el hijo digno y culto aumenta admirablemente en nuestra estima, como hombre que lo debe todo á la fuerza de la propia voluntad y á la delicadeza innata de su corazon; pobres viejos obsequiosos, nacidos en condicion humilde, enamoradamente orgullosos del hijo ilustre, é infantilmente admiradores de sus amigos como de satélites espléndidos del sol de su casa; padres tímidos y tristes en cuyo rostro se lee una larga historia de sacrificios mal recompensados y los modales ásperos del hijo nos revelan un alma fría y baja bajo la cortesía ficticia del amigo.

Otros, ya próximos al último paso, sentados en su sillón de gotosos, ante los cuales sentimos remordimientos, por las noches, cuando vamos á buscar al amigo para una fiesta y pensamos con tristeza que tambien nuestra vejez y nuestras desgracias obligarán á nuestros hijos jóvenes y sanos á dejarnos solos las noches que sus amigos irán á buscarlos.





Otros cien rostros pasan por delante de nosotros una procesion de señoras jóvenes y conservadas, vestidas de terciopelo y de bordados, figuras extrañas de matronas, de enfermeras, de modistas, de poetisas, de institutrices tiránicas y vírgenes de los dolores, entre las cuales reconocemos pronto á ciertas madres de nuestros amigos de doce años; rostros dulces que nos acordamos haber visto resplandecer de alegría un día—hace un siglo—en una fiesta de distribucion de premios; rostros severos de madres sospechosas que nos ponen á la puerta como amigos peligrosos para la inocencia de sus hijos, los cuales nos habían servido de maestros; ciertas otras buenas madres, enfermas de celos escolásticos por cuenta de sus hijos, las cuales nos hablaban con los labios juntos, midiéndonos constantemente el cráneo con los ojos; madres jóvenes y despreocupadas, que pasan junto á nosotros, con un rumor de seda, mientras co-

piábamos la leccion en su casa, y nos saludaban distraidamente, dejando la estancia perfumada.

Y tras estas avanzan otras que hemos conocido más tarde, entrando en el mundo; alguna bella señora en el ocaso, la cual nos inspiró por cierto tiempo un sentimiento confuso, del que nos sonrojábamos frente á nuestro amigo, como una sacrílega traicion; madres afectadas y frías que vimos junto á su hijo noble y triste, inspirándonos un sentimiento de aversion no oculto lo suficiente, para hacérnosla enemiga mortal...

Pero la mayor parte nos deja otros recuerdos.

Algunas fueron amigas nuestras; buenas criaturas afectuosas y sencillas que nos recomendaban al hijo desde la puerta de la casa, cuando le llevábamos con nosotros, que nos pedía informes y pareceres sobre él, cuando no nos oía y nos confiaban angustias y dolores domésticos, llorando como lo hubiera hecho á viejos amigos de la casa.

¡Qué dulces emociones les debemos y cuánto bien nos hicieron!

Los ojos se humedecían al verlas hablar con aquella voz trémula, tan apasionada por los hijos, tan ciegas para sus defectos tan indulgentes para su ingratitud ó ingénuamente ilusas por su conducta, por su carácter y su porvenir; y éramos felices al verlas

hacer elogios que nosotros tributábamos también mintiendo piadosamente y sentíamos nuevo afecto por nuestro amigo, jurábamos tolerar de él cualquier cosa y de permanecerles adictos á toda costa, por amor de aquella buena mujer que dejábamos con los ojos llenos de lágrimas y locos de alegría.

¡Pobres madres! Tienen un concepto tan alto de nuestra amistad, que no conocen todas las miserias y todas las ferocidades de nuestro orgullo.

Y también tenemos remordimientos respecto á ellas!

Más de una ha llorado mucho cuando hemos roto injusta y brutalmente con su hijo y ha sentido flaquearle las rodillas encontrándonos por la calle; á más de una, hemos ido á arrancar el hijo de su casa, á las seis de la mañana, con el pretexto de un paseo por el campo, para conducirlo á batirse y el saludo afectuoso que nos envió desde la puerta diciéndonos: —¡Divertirse!— penetró en nuestro corazón como una puñalada.

¡Pobres madres! Algunas no nos han perdonado jamás.

Pero nosotros las recordamos con afecto. Y la mayor parte de las veces no podemos menos que recordarlas.

Una después de otra han acabado de amar y de sufrir.

A veces recibimos una carta enlutada de una ciudad lejana y leemos uno de esos nombres: un nombre que trae á la memoria una cara amorosa, un ángulo de salón, una mesita de labor, ciertas conversaciones familiares y dulces que habíamos olvidado hace años...

Otro amigo ha dado el terrible adiós. Ahora estamos solos. Podemos separarnos, insultarnos, batirnos; ellas no están allí para llorar y temblar.

¡Ah, miserables! Querámonos bien y tratémonos mejor que ántes para que descansen en paz.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO CASTELLANOS"  
Año 1925 MONTERREY, MEXICO



Y hé aquí la última aparición, la más variada y más viva, las mujeres de los amigos, una confusión de cabezas rubias y morenas con plumas y flores, un relampaguear de ojos azules, negros ó grises, amorosos y malignos, sonrientes, soberbios, llenos de lágrimas y locos; y un murmullo continuo en que se oyen todas las voces de la raza alada.

Las primeras nos recuerdan días negros, el golpe que recibíamos en el corazón á cada nueva noticia de matrimonio, en aquel período de la vida en que comienza á verse huir los amigos y la tristeza de nuestras comidas solitarias en el café, después de haber invitado inútilmente, con palabras suplicantes, al amigo casado á quien encontrábamos.

¡Todos caen, unos después de otros en aquella odiosa red después de haberse reído por tanto tiempo de ella.

La rabia de vernos abandonados por aquellos

traidores de la amistad, nos hizo, por fin, desear que no encontrasen más que desengaños y dolores donde buscaban su necia felicidad ilusoria.

¡Qué extraña galería forman puestas todas juntas! Hay mujeres sombrías y selváticas que sospechan en cada amigo del marido, un antiguo compañero de extravíos, que viene á pervertirle de nuevo y le hacen una acogida que significa:

—¡Vete!

Las pudorosas que, en los primeros meses se ruborizan delante de toda nueva cara, como si cada amigo del esposo fuese un amante obligado de la mujer, resuelto á aprovechar todas las ocasiones favorables; figuritas graciosas é inquietas, acerca de las cuales el conocimiento íntimo que tenemos del marido, nos obliga á fantasear mil cosas extrañas, que nos ponen pensativo en su presencia; hermosas criaturas imprudentes que hacen concebir la idea de un tratado sobre la influencia de los piés en la amistad...

Sí, ciertamente; y un capítulo debería estar dedicado á la mímica de un pié suspendido á un palmo del suelo, el cual hace un movimiento de abajo arriba como la barba de uno que interroga, como si preguntase:

—¿Tú eres amigo de mi marido?

Y despues dos movimientos horizontales que parecen decir:

—No creo.

Luego dá un golpecito como para decir:

—Veremos.

Describe más tarde un circulito en el aire, como para expresar que de aquel modo nos hará rodar la cabeza, y por fin dá un estremecimiento, una especie de risa, una exclamacion, triunfante é irónica:

—¡Cuán fácilmente se rompe la amistad con el pié!

¡Oh, vastas hipocresías, frías y cobardes; apretones de manos fingidos; besos de Júdas, dados con labios todavía trémulos por el placer de la traicion; gritos mal sofocados de la conciencia, que hacen subir una oleada de sangre á la frente!

Algunas separan á los amigos del marido con el pié; otras les arrancan su amistad con un trabajo largo y obstinado de consejos malévolos, sugeridos tambien por el pié, furioso de no haber sido visto y comprendido; otras castigan en el amigo del marido las ofensas de la mujer, separando uno de otro con un trabajo oculto y hostil... y hay más de una que nos acerca al amigo involuntariamente, haciéndonos amar por piedad de nuestra desventura, por

una admiracion sincera de los tesoros inmensos de bondad y de paciencia que el matrimonio ha logrado amontonar en nosotros....

Pero hay un grupo en medio de la muchedumbre que adelanta sonriendo y enarbolando la bandera blanca de la amistad, con una gracia que enamora y una expresion de bondad que hace llover los besos sobre sus manos.

Son las mujeres agudas y admirables que comprenden nuestra amistad y nos dejan íntegros á nuestros amigos.

Estas sí, estas dan buenos consejos, interponen sus buenas palabras, arreglan las diferencias, defienden al amigo ausente, perdonan los olvidos, se duelen de las separaciones, recuerdan á los amigos lejanos....

¡Salud, amigas de nuestros amigos, nuestras hermanas del alma, huéspedas afectuosas y corteses, graciosas protectoras de la amistad! ¡Pueda esta llevar un día sus nobles consuelos sobre el corazon de vuestros hijos!

